

CAMINOS PARA DIALOGAR CON LA BIBLIA

Jóvenes, qué gran gusto saludarles.

Todos nos acercamos a la Biblia con preguntas, dudas y experiencias propias; eso es natural. Pero también significa que, si no somos cuidadosos, podemos terminar escuchándonos más a nosotros que al propio texto.

La interpretación bíblica no es un tema exclusivo para pastores ni para académicos, es una responsabilidad de cualquier persona que toma la Biblia en sus manos, porque un texto mal interpretado no es inofensivo; puede justificar lo que debería cuestionarse, puede silenciar lo que debería decirse y puede alejar a las personas de un Dios que en realidad es mucho más cercano, más justo y más sorprendente de lo que una lectura apresurada deja ver.

Durante este trimestre exploraremos juntos las herramientas básicas que nos permiten acercarnos al texto con un mejor enfoque, aprenderemos a preguntar quién escribió, para quién, desde dónde y por qué, conoceremos el mundo que habitó la Biblia, su geografía, su cultura, sus idiomas y su historia, y descubriremos que cada género literario tiene su propia lógica que hay que aprender a escuchar antes de aplicar. No buscaremos volvernos expertos, sino lectores más responsables.

Que este camino no solo nos ayude a entender más, sino a vivir mejor, a amar mejor y a reflejar mejor a Dios en lo cotidiano. Porque al final, no se trata solo de entender la Biblia, sino de dejar que la Biblia nos transforme.

Es un privilegio recorrer este camino con ustedes.

Christian Anuar
Editor

IMPULSADOS POR EL VIENTO

DETONANTE

Imagina un barco antiguo hecho completamente de madera; tiene forma, peso, estructura y dirección, alguien puede colocarse al timón y decidir hacia dónde desea ir, pero hay algo que ese barco no puede producir por sí mismo: el viento.

Sin viento el barco permanece inmóvil, aunque esté bien construido, aunque tenga rumbo definido, aunque el navegante tenga toda la experiencia del mundo, sin viento el barco simplemente no se mueve. La Biblia se parece a ese barco, fue formada a través de lenguas, historias y contextos humanos, pero se mueve porque su impulso proviene de una fuerza externa que no nace de la iniciativa del propio ser.



LECTURA DE PREPARACIÓN

2 Pedro 1:20–21

SUMERGIÉNDONOS EN LA PALABRA

Antes de hablar de reglas, métodos o herramientas para interpretar la Biblia, es necesario comprender qué tipo de libro tenemos delante,

porque la forma en que entendemos su naturaleza determina la manera en que la leemos. La Biblia no es un libro dictado mecánicamente palabra por palabra ni un texto totalmente humano, es una obra donde lo divino y lo humano se entrelazan de manera dinámica, como el barco que mencionamos, construido por personas y movido por el viento que proviene de Dios.

El texto de 2 Pedro 1:20-21 nos ayuda a comprender esta relación entre lo humano y lo divino, pues cuando Pedro afirma que los autores hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo, utiliza el verbo griego *ferómenoí*, que describe la acción de ser llevados o impulsados por una fuerza externa. La idea central es que el mensaje no se originó únicamente en la voluntad humana, pero tampoco anuló a quienes lo comunicaron, los autores escribieron desde su estilo, su cultura, sus palabras y sus vivencias mientras el Espíritu de Dios dirigía y sostenía el proceso, no fueron instrumentos pasivos ni escritores independientes, sino participantes activos dentro de una obra guiada por Dios, y si Dios permitió que su mensaje pasara por la mente, la cultura y el lenguaje de personas reales, entonces nosotros no podemos ignorar ese proceso al momento de interpretarlo.

¿Qué significa inspiración?

Esto nos conduce directamente al terreno de la interpretación, porque si la Biblia es un texto inspirado que pasó por manos humanas, entonces interpretarla no consiste en inventar significados nuevos ni en imponer ideas modernas, sino en aprender a escuchar lo que Dios dijo en ese contexto original, para poder comprender lo que dice hoy.

Aquí aparece la diferencia entre dos palabras clave: exégesis y hermenéutica. Imagina que encuentras una carta muy antigua escrita en español del siglo XVII, la exégesis sería el trabajo de entender qué decía esa carta en su propio tiempo (qué significaban las palabras, quién la escribió, a quién iba dirigida, en qué situación), mientras que la hermenéutica sería el proceso de comprender qué nos dice a nosotros hoy, cómo conecta con nuestra realidad y qué implica para nuestra vida, una sin la otra queda incompleta.

Pedro advierte que ninguna profecía es de interpretación privada, no porque Dios no hable al creyente, sino porque el texto no puede significar cualquier cosa que el lector quiera. Interpretar bien la Biblia es un acto de humildad, significa aceptar que el texto tiene una voz propia, una intención que debemos descubrir y no manipular, por eso la interpretación cristiana nunca comienza con nosotros o con nuestras ideas, sino con el texto.

Este trimestre parte de una convicción: la regla más importante de toda interpretación bíblica es su mensaje de esperanza; la Biblia no fue escrita para aplastar, confundir, infundir temor o desesperar, sino para revelar a un Dios que actúa en la historia, que sostiene al ser humano en medio del caos y que garantiza un futuro incluso cuando todo parece oscuridad. Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Escritura narra una historia de creación, ruptura, búsqueda, redención y restauración, y cualquier interpretación que contradiga ese hilo de esperanza pierde el corazón del mensaje.

Otra convicción fundamental es que la Biblia se interpreta a sí misma; los textos dialogan entre sí, se amplían y se iluminan mutuamente, la Escritura no es una colección de frases aisladas, sino una trama viva donde cada parte cobra sentido dentro del todo. Nuestro trabajo como intérpretes no es forzar conexiones artificiales,

sino aprender a escuchar ese diálogo interno, descubrir cómo la ley conversa con los profetas, cómo los salmos dialogan con los evangelios y cómo el Nuevo Testamento relee al Antiguo sin negarlo, sino llevándolo a su plenitud.

Por eso este trimestre busca formar lectores responsables; jóvenes capaces de acercarse a la Biblia con mayor profundidad, sensibilidad y honestidad, personas que aprendan a hacer mejores preguntas, a observar el texto con atención y a reconocer cuándo una interpretación está bien fundada y cuándo es solo una opinión personal. El objetivo no es acumular datos, sino desarrollar principios de interpretación más sólidos, que permitan escuchar a Dios con mayor claridad y compartir su mensaje con mayor fidelidad.

MANOS A LA OBRA

Actividad 1: Barco de papel

1. Toma una hoja y dibuja un barco, si alguien en el grupo sabe hacer papiroflexia, también puedes construirlo así. Dentro del barco escribe tu nombre y tres cosas que te definen: un valor que te importa, algo de tu historia, una palabra que describa cómo eres. Ese barco eres tú, una persona real con cultura, con palabras propias, con vivencias, exactamente como los autores que escribieron la Biblia.
2. Ahora, en las velas o alrededor del barco, responde esta pregunta: ¿qué es el viento que te impulsa hoy? Puede ser tu fe, un sueño, una promesa que te ha sostenido, una convicción que no puedes ignorar. Cuando termines, si gustas puedes compartir con el grupo lo que escribiste. Así como el Espíritu impulsó a los autores bíblicos, hoy actúa en tu historia.

Actividad 2: El impostor

1. Formen un círculo. A cada persona se le dará en secreto una palabra (puede ser en papel o al oído), excepto a uno, quien será el impostor. Esa persona no recibirá ninguna palabra, pero sabrá que es el impostor. El objetivo del grupo es descubrir quién no sabe la palabra, y el objetivo del impostor es pasar desapercibido el mayor tiempo posible.
2. Por turnos, cada persona dirá en voz alta una frase breve relacionada con la palabra, sin mencionarla directamente. Las frases deben dar pistas, pero sin ser demasiado obvias. Todos deben escuchar con atención, porque a través de las frases podrán notar quién no está hablando exactamente de lo mismo. El impostor, al no tener la palabra, deberá prestar mucha atención a lo que dicen los demás para intentar deducirla y dar respuestas que encajen, aunque sea de manera general.
3. Hagan dos o tres rondas para que todos participen varias veces. Al final, el grupo votará por quién cree que es el impostor. Si el grupo acierta, gana el grupo; si el impostor logra pasar desapercibido, gana él. Pueden repetir cambiando la palabra y el impostor las veces que quieran.
4. Al terminar, reflexionen esto: el impostor intentaba hablar de algo que no entendía del todo, usando pistas sueltas de lo que escuchaba. Algo muy similar puede pasar cuando leemos la Biblia sin comprender su contexto; podemos repetir ideas, usar palabras correctas e incluso sonar convincentes, pero en realidad estar hablando de algo distinto a lo que el texto quiso decir.



MENSAJE PARA LA VIDA

Aprender a interpretar la Biblia es aceptar un reto, es decidir no conformarse con lecturas rápidas ni respuestas simples, es comprometerse con un proceso que requiere tiempo, paciencia y disposición para dejarse corregir por el texto, y quien acepte este camino descubrirá que la Biblia no se agota en una lectura devocional, sino que se abre como una voz viva que forma el pensamiento, orienta la fe y sostiene la esperanza en medio de la vida real.

Una invitación para el trimestre

Te invitamos a escribir un texto propio mientras avanzas en las lecciones, no lo hagas de una sola vez; constrúyelo poco a poco, dejando que cada tema confronte, forme y dé claridad a tus ideas. Lo que escribas no se quedará solo en ti, pues será publicado en una revista virtual y distribuido para que otras personas puedan leerlo. A veces, lo que tú estás procesando es exactamente lo que alguien más necesita leer.

En la lección 13 encontrarás todos los detalles, atrévete a no quedarte solo como lector. Esta vez, te toca escribir y compartir para bendecir a otros.

EL VIAJE DE LA BIBLIA HASTA TUS MANOS

DETONANTE

Hoy puedes abrir la Biblia en papel, en tu celular o escucharla en audio mientras caminas, algo tan cotidiano que rara vez nos detenemos a pensar que no siempre fue así; hubo épocas en las que solo algunos podían leerla, momentos en los que poseerla en otro idioma estaba prohibido y tiempos en los que se copiaba a mano en silencio y con temor a ser descubiertos. Si queremos aprender a interpretarla bien, primero necesitamos aprender a valorar su recorrido, porque comprender cómo llegó hasta nosotros nos enseña por qué merece ser leída con respeto, paciencia y gratitud.



LECTURA DE PREPARACIÓN

Lucas 1:1–4

SUMERGIÉNDONOS EN LA PALABRA

Antes de ser un libro encuadernado, la Biblia fue memoria viva, nació en relatos contados alrededor del fuego, en padres enseñando a sus hijos, en cantos entonados después de una batalla, en

lamentos escritos junto a ríos extranjeros y en oraciones susurradas en cuevas y desiertos. Con el tiempo, esas palabras comenzaron a fijarse por escrito, la Torá (Génesis hasta Deuteronomio) fue el primer conjunto reconocido como palabra divina, más adelante se añadieron los Profetas y los Escritos, y hacia el siglo IV antes de Cristo estos textos ya eran considerados escritura sagrada por las comunidades judías. Este proceso nos recuerda algo importante; la Biblia no nació de una sola vez ni respondió a una sola necesidad, fue tomando forma conforme el pueblo enfrentaba nuevas preguntas, crisis y desafíos históricos a lo largo de varios siglos.

Después del exilio, muchos judíos ya no hablaban hebreo, ahora vivían dispersos en ciudades del mundo mediterráneo, comerciaban, pensaban y oraban en griego, y si la Palabra de Dios quería seguir viva entre el pueblo tenía que hablar el idioma que la gente entendía. Por eso, entre los siglos III y II antes de Cristo, en la ciudad de Alejandría, el Antiguo Testamento fue traducido al griego, dando origen a la Septuaginta, una traducción que fue una necesidad espiritual porque sin ella una generación entera habría quedado lejos del mensaje. No es un detalle menor que esa fuera la Biblia que usaron los apóstoles y los primeros cristianos.

Mientras tanto, las palabras y acciones de Jesús se transmitían con cuidado dentro de las primeras comunidades. Después de su resurrección los apóstoles comenzaron a escribir cartas dirigidas a iglesias con problemas reales. Para finales del siglo primero los cristianos ya leían evangelios, cartas apostólicas y Hechos, aun-

que aún no existía un Nuevo Testamento formal como lo conocemos hoy. Fue Atanasio de Alejandría quien en el año 367 d.C. escribió la primera lista exacta de los 27 libros del Nuevo Testamento, y a finales del siglo IV los concilios de Hipona y Cartago confirmaron el canon completo, dando forma a los 66 libros que hoy tenemos. Así como el Espíritu guió a los escritores, también guió a quienes establecieron qué textos pertenecían al mensaje sagrado, ese proceso no fue casualidad, sino intervención divina, pues Dios permitió que su Palabra tomara forma definitiva para que siguiera hablando a través de los siglos.

Más tarde, cuando el latín se convirtió en la lengua común del Imperio romano, las Escrituras necesitaban nuevamente ser comprendidas por la gente, y en el siglo IV Jerónimo tradujo la Biblia desde el hebreo y el griego al latín, dando origen a la Vulgata, que durante más de mil años fue la Biblia de referencia para la Iglesia y formó la fe de generaciones enteras.

Un hecho decisivo cambió todo en 1455: la invención de la imprenta por Johannes Gutenberg —el primer libro impreso de la historia fue la Biblia—, y desde entonces dejó de depender de copias manuscritas y comenzó a multiplicarse, saliendo de los monasterios y personas acaudaladas para llegar a manos de agricultores, maestros, artesanos y jóvenes. Este acceso masivo abrió el camino para la Reforma Protestante, un movimiento que transformó el cristianismo al permitir que cada creyente pudiera leer, interpretar y vivir la Palabra por sí mismo.

En ese ambiente, Martín Lutero tradujo el Nuevo Testamento al alemán en 1522 y la Biblia completa en 1534, con el deseo de que Dios hablara en la lengua de los campesinos y de las madres en sus hogares. Ese mismo impulso llegó al mundo hispano, pues Casiodoro de Reina, huyendo de la Inquisición, tradujo la Biblia al castellano en 1569, y Cipriano de Valera la revi-

só en 1602, dando origen a la Reina-Valera, una traducción nacida del exilio y la persecución que se convirtió en la base de la mayoría de las Biblias protestantes en español hasta hoy.

Detrás de cada página que hoy leemos hay historias que no siempre se cuentan; personas que arriesgaron su libertad, su reputación y en muchos casos su vida por copiar, traducir y compartir las Escrituras; hubo quienes fueron perseguidos, exiliados o ejecutados simplemente por creer que la Palabra debía estar en manos de todos y no solo de unos pocos.

A pesar de ese costo y de esas resistencias, la Biblia siguió avanzando; pues la historia de la Biblia no se limita a ningún idioma, el náhuatl cuenta con traducciones bíblicas desde el siglo XVI, donde textos fueron traducidos en la lengua de los pueblos que habitaban esta región para que escucharan el mensaje de Dios en su propio corazón cultural. Que la Biblia exista en náhuatl, maya, mixteco o zapoteco nos recuerda que Dios no habla solo en idiomas dominantes, habla en la lengua del pueblo, del hogar y la identidad.

Es importante considerar que no existe ni un solo manuscrito original de ningún libro bíblico, lo que tenemos son copias de copias de copias antiguas transmitidas con cuidado, disciplina y profunda reverencia por generaciones de escribas que entendieron el valor del texto que custodiaban. En 1947, el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto confirmó algo extraordinario; a pesar del paso del tiempo, los exilios, las guerras y los cambios culturales, el mensaje esencial de la Escritura se había preservado con una fidelidad sorprendente, pues eran textos mil años más antiguos de los que hasta entonces se tenían; y eso no fue obra del azar, sino del cuidado de Dios a través de manos humanas valientes y fieles.

Por eso, no tiene sentido aferrarse a una sola versión como si fuera perfecta o definitiva; nin-

guna traducción es el original, todas son intentos honestos de acercarnos a un mensaje que ha cruzado idiomas, culturas y siglos con los elementos que cada escritor o traductor tenía al alcance. Algunas buscan mayor precisión, otras mayor claridad, pero todas participan del mismo esfuerzo, que es transmitir con fidelidad lo que Dios quiso comunicar. Un buen lector no se limita a una versión; compara, observa y aprende a escuchar los matices, entendiendo que la riqueza del texto no se agota en una sola forma de decirlo, sino que se abre cuando somos capaces de mirarlo con mayor profundidad.

MANOS A LA OBRA

1. El moderador debe dividir un mensaje breve en varios fragmentos escritos en papelitos separados y los reparte entre el grupo sin decir de qué trata. Por turnos, cada persona lee su fragmento en voz alta, y entre todos intentan ordenar las piezas hasta reconstruir el mensaje correcto. El punto es notar que un mensaje no siempre se recibe de forma inmediata ni completa, necesita tiempo, atención y cuidado para ser entendido.
2. En parejas o tríos, comparen un mismo versículo en tres traducciones distintas usando como guía las siguientes preguntas, usen las versiones que gusten, pero que sean diferentes.
 - ¿Qué palabra o palabras cambian?
 - ¿Qué se enfatiza?
 - ¿Cuál les resultó más clara y se siente más cercana a ustedes?
 - ¿Cambió el significado o solo la forma de decirlo?

El objetivo no es decidir cuál es “la mejor”, sino descubrir que cada versión ilumina algo distinto del mismo mensaje.

3. Para cerrar, el moderador entrega una bola de estambre (puede ser hilo) y pide que cada persona tome el hilo, comparta una idea que se lleva de la lección y luego pase el ovillo a alguien más sin soltar su parte. Al final, todos sostienen una red entretejida entre sus manos. Así fue la Biblia, una Palabra que pasó por muchas manos, generaciones, idiomas y contextos, y cada persona que la cuidó sostuvo su parte del hilo con fidelidad. Hoy ese hilo llega a nosotros, y la pregunta es: ¿qué haremos con él?



MENSAJE PARA LA VIDA

Así como Dios inspiró a quienes escribieron su Palabra por primera vez, también acompañó con su Espíritu a quienes la preservaron, la copiaron, la tradujeron, la protegieron y la proclamaron hasta llegar a nosotros. Cada vez que la abrimos no debemos hacerlo por costumbre, sino como un acto de gratitud; recordar que es memoria de los que creyeron, reverencia al Dios que habló y responsabilidad con las generaciones que vendrán, porque esta Palabra cruzó desiertos, imperios, hogueras, cárceles, idiomas, guerras y siglos para estar hoy frente a ti.